

EL CONTENIDO TEOLÓGICO DE LAS CARTAS JOÁNICAS

1. INTRODUCCIÓN

Las tres Cartas Joánicas forman parte de un bloque de escritos neotestamentarios denominado tradicionalmente Cartas Católicas. Este bloque lo componen siete Cartas: las tres de Juan, una de Santiago, dos de Pedro y una de Judas. Son Cartas breves; de hecho, la 2ª. y 3ª. de Juan, junto con la de Judas, son los escritos más cortos del Nuevo Testamento (en adelante, NT). El nombre de “Cartas Católicas” es atribuido por la tradición a Eusebio de Cesarea marítima, quien en su obra Historia Eclesiástica (HE II, 23; 24-25), hablando del Apóstol Santiago, añade esta información: “tal es la historia de Santiago, del que se dice que es la primera Carta de las llamadas católicas. Más ha de saberse que no se considera auténtica. De los antiguos no son muchos los que hacen de ella mención, como tampoco de la llamada de Judas, que es también una de las siete llamadas católicas. Sin embargo, sabemos que también éstas, junto con las restantes, se utilizan públicamente en la mayoría de las Iglesias”. Hasta aquí la información que nos ha transmitido Eusebio de Cesarea sobre estas “siete” Cartas, “llamadas católicas” hasta la fecha.

2. LAS CARTAS CATÓLICAS

Estos escritos neotestamentarios plantean muchas cuestiones a la exégesis moderna, sobre todo, el de su procedencia o ambientes. Algunos exégetas, y considerando el pasaje de Pablo, Gal 2,7-9, como los nuevos hallazgos arqueológicos en ciertos santuarios cristianos, creen haber hallado pistas nuevas para indicar la posible procedencia de estos escritos neotestamentarios. Así, Pablo, en su Carta a los Gálatas 2,7-9, distingue entre la Iglesia de la “circuncisión” y la de la “incircuncisión”, indicando su campo de predicación como el de los otros Apóstoles, a quienes denominada “columnas” de la Iglesia.

El texto paulino afirma: “antes al contrario, viendo que me había sido confiada la evangelización de los incircuncisos, al igual que a Pedro la de los circuncisos, -pues el que actuó en Pedro para hacer de él un Apóstol de los circuncisos, actuó también en mí para hacerme Apóstol de los gentiles- y reconociendo la gracia que me había sido concedida, Santiago, Cefas y Juan, que eran considerados como columnas, nos tendieron la mano en señal de comunión a mí y a Bernabé: nosotros nos iríamos a la gentiles y ellos a los circuncisos” (Gal 2,7-9). Este texto, según algunos exégetas, tendría una gran importancia para el estudio, trasfondo y procedencia de las siete Cartas Católicas. Así, pues, Pablo y las “columnas” de Jerusalén se repartieron la predicación entre los judíos, pero más bien de tipo geográfico que étnico: el término “circuncisión” designaba principalmente a los judíos de Palestina. Pablo, en un principio, se dirigió a los judíos de la Diáspora y, luego, a los gentiles, porque los

judíos rechazaban el mensaje de Jesús que les predicaba. Las Cartas Católicas, sin entrar ahora en cuestiones más complejas y extensas, se pusieron bajo el nombre de un Apóstol de la Iglesia de la circuncisión para que pudieran ser aceptadas mejor en el canon cristiano y, después, sus destinatarios las relacionasen con un Apóstol importante.

No entro en más detalles o problemas de estas Cartas porque sería alagarme demasiado y salirme del objetivo principal de estas notas, que son las Cartas Joánicas. Sí, conviene, no obstante, añadir dos rasgos fundamentales de estos escritos en la actual exégesis: su actualidad, ya que son multitud los artículos, monografías, comentarios... que están apareciendo hoy día sobre las mismas. Hemos de añadir que el interés suscitado por estos escritos, en parte, ha sido debido a la arqueología; a las excavaciones realizadas en los años 60 y 70 del siglo pasado en algunos lugares de Tierra Santa, en donde vivieron los judeo-cristianos (=hebreos convertidos al cristianismo, a lo largo de los tres primeros siglos del cristianismo) y el abundante material que se ha encontrado en dichas ciudades (Cafarnaúm, Nazaret, Séforis), relacionado con la forma de vivir su nueva fe cristiana y celebrar los sacramentos. El estudio de este copioso material arqueológico hallado en dichas excavaciones, especialmente su simbología, ha servido para conocer mejor ese movimiento cristiano antiguo y, accidentalmente, ha aportado mucha luz al estudio de las Cartas Católicas. Los pioneros del estudio de este material arqueológico y la corriente judeo-cristiana (como su posible ayuda para un mejor conocimiento de las Cartas Católicas) fueron J. Daniélou y el Studium Biblicum Franciscanum de Jerusalén, con el sabio B. Bagatti al frente.

La aportación doctrinal de estas Cartas Católicas, al conjunto del NT, y segundo punto, es también evidente. Aunque, hemos de indicar honestamente, que grandes novedades doctrinales no hallamos en ellas, son las mismas Bienaventuranzas de Jesús las que están presentes en sus reflexiones, aunque desde una dimensión más práctica y visible. Estas Cartas recalcan más los hechos, las acciones concretas del cristiano en la vida cotidiana, frente a una doctrina más solemne, sistematiza, de otros autores neotestamentarios. Los autores de las estas Cartas han unificado ordenadamente, en una sencilla síntesis, los puntos doctrinales esenciales de ambos Testamentos: el cumplimiento de los mandamientos de Dios con la fe en Cristo, que se manifiestan en las obras de misericordia hacia el hermano pobre y necesitado. Es también un rasgo posible y más visible del cristianismo que cree y sigue a Jesús. En palabras de Santiago (2,14-17) y más claro y formulado, tendríamos que la vivencia de la fe en Jesús es fundamental, única y exclusiva, pero si no tiene obras, es visible ante los demás, creyentes o no, no sirve para nada. Santiago resume como ningún otro autor del NT la dimensión práctica de la fe: un cristiano con fe, pero sin obras, significa que su fe está muerta. La moral o ética de estos escritos del NT está muy impregnada de caridad hacia los necesitados, la familia, la comunidad creyente, la misma sociedad, y siempre desde la unión con Cristo, que es quien da sentido a este actuar práctico del cristiano en su actuar cotidiano.

Los estudiosos de esta literatura neotestamentaria se preguntan qué fuentes emplearon sus autores o en dónde se inspiraron para llegar a estos enfoques tan prácticos que hallamos en sus escritos. Los resultados de los estudiosos son diversos, como no podía ser de otra forma y más en el campo de la Biblia, aunque una cosa es evidente: la vida y el ejemplo de Jesús, y sus *lógoi*, influyeron claramente en los autores de estas breves Cartas. Insisto en lo apuntado anteriormente: el discurso de la Montaña de Jesús y su dimensión práctica en la vida del cristiano ocuparon un lugar muy destacado en los autores de estos breves escritos. No faltan tampoco estudiosos que opinan que los autores de estas Cartas se inspiran, emplean también el AT como

“testimonio”, tanto lo relacionado con el tema del Siervo de Yahvéh como la doctrina de los libros sapienciales, cuya verdadera sabiduría es efectivamente el temor de Dios, y el temor de Dios es piedad. Pero, no conviene olvidar que los autores de las Cartas Católicas acentúan claramente la dimensión práctica del cristianismo a través de diferentes métodos exegéticos judíos, como el de la Agadá o el péser de Qumrán.

Estas siete Cartas, por otra parte, difícilmente se ajustan a las características del estilo epistolar, como tenemos en las clásicas Cartas paulinas. Ciertamente que las siete Cartas Católicas tienen algunos rasgos del estilo epistolar, aunque sería más lógico hablar de escritos homiléticos o de catequesis; modelos que estarían en uso en las asambleas judeo-cristianas de los primeros siglos del cristianismo o en sus primeras generaciones. Son escritos, las siete Cartas, que tratan de muchos temas y exhortaciones prácticas para la vida cotidiana del creyente. El lector se encuentra, en estos escritos, con un conjunto de exhortaciones morales que se suceden sin demasiada cohesión “lógica” y agrupan numerosas sentencias sobre un mismo tema. Así, en la Carta de Santiago, leemos una serie de sentencias sobre la paciencia en las tribulaciones (1,1-12; 5,7-11), la importancia de la armonía mutua en las asambleas, de la misericordia (2,8.13; 3,14-4,2), o de la eficacia de la oración.

Estas Cartas, por tanto, insisten mucho en el actuar concreto, visible, que un cristiano obra frente al otro y, siempre, desde su fe en Jesús. Es más, cómo vivo mi fe con hechos en mi actividad vida pública y lo más complicado, de cara a los otros, ante personas de otros círculos o creencias. Por tanto, estos breves escritos tienen una destacada preocupación social y aquí radica una de sus novedades doctrinales más evidentes. Este es un punto clave a la hora de estudiar hoy estas Cartas, dada la actual sensibilidad de la sociedad, que tanto valora la coherencia entre la teoría y la práctica de cualquier doctrina o sistema filosófico, y que acoge con agrado la línea argumental de estos escritos.

Por medio de esta breve introducción se intenta encuadrar y analizar las tres Cartas Joánicas, aunque sin olvidar otros elementos peculiares de las mismas, como son sus conexiones literarias y doctrinales con el IV Evangelio. De hecho, la afinidad literaria y doctrinal de las Cartas Joánicas con el IV Evangelio se ha observado y notado desde los mismísimos comienzos del cristianismo.

3. LAS CARTAS JOÁNICAS

En línea con lo apuntado sobre las siete Cartas Católicas, hemos de añadir que el lector de las tres Cartas Joánicas inmediatamente percibe un cambio de estilo y doctrina con relación a las otras cuatro, aunque la dimensión sapiencial es parecida. Es decir, las Cartas Joánicas no tienen, desde el puro o simple estilo literario, ninguna semejanza con las otras cuatro Cartas, que éstas sí tienen un estilo y vocabulario elevados y selectos, cultos, típicos de un griego culto de la koiné. En cambio, los tres escritos joánicos emplean un vocabulario sencillo, popular, cercano, repetitivo, como su mismo estilo, que es correcto, pero sencillo y llano. Esta sencillez de vocabulario y estilo no impide a su autor, o autores, exponer una doctrina teológica profunda, de altura, que siempre ha sorprendido a los estudiosos de estos escritos, en concreto, la primera Carta de Juan.

a)- Algunos rasgos teológicos de las tres Cartas Joánicas. La tradición cristiana, desde siempre, ha conservado y transmitido estos tres breves escritos y se

los ha atribuido al Apóstol Juan, quien sería el mismo autor que el del IV Evangelio. En los actuales estudios exegéticos, la hipótesis de un mismo autor para Juan y las tres Cartas suscita mucha discusión, sin alcanzar un punto de uniformidad hasta el momento. En cambio, se suele hablar de una posible "Escuela Joánica", y los autores de las Cartas y del Evangelio procederían de la misma. En este caso, el autor, o autores, de las Cartas serían distintos, pero siempre procedentes de esta corriente joánica. Nadie niega, en la actualidad, que las Cartas Joánicas, sobre todo 1Jn y 2Jn, mantienen una clara conexión literaria y teológica con el IV Evangelio, aunque esto no es nuevo, se afirma así desde la antigüedad. De hecho, Dionisio de Alejandría, mitad del siglo III, constataba un claro parentesco entre el Evangelio de Juan y la primera Carta de Juan; otra cuestión era el vínculo entre el IV Evangelio y el Apocalipsis de Juan, mucho más discutida y extrínseca. Sin mayores discusiones y argumentos a favor de una teoría u otra aquí, sí conviene señalar que el IV Evangelio y 1Jn - 2Jn tienen muchos puntos literarios y teológicos comunes; de ahí que se estudien normalmente las Cartas Joánicas junto con la obra de Juan. La primera Carta de Juan tiene una extensión material parecida a la Carta de Santiago y 1 Pedro, aunque su contenido y estilo son del todo diversos. Unas Cartas son ricas en expresión, estilo, Santiago y 1 Pe, y otra en doctrina, 1 Juan.

b)- Otro elemento peculiar de las Cartas Joánicas, ya aludido, es su doctrina, moral o ética. Las siete Cartas Católicas serían una especie de breves esquelas doctrinales y morales para combatir ciertas herejías circunstanciales sobre Cristo y su persona, o falsas interpretaciones del modo de vivir el mensaje de Jesús. Esto aparece clara en los tres escritos joánicos y su objetivo era frenar las falsas teorías sobre Jesús y el alcance, práctica, de la caridad cristiana en las comunidades joánicas. Muchos estudiosos de las Cartas Joánicas así lo ven y defienden. Es conveniente señalar también que a finales del siglo I o comienzos del II d. C., nuevas teorías o desviaciones doctrinales comenzaron a circular en algunas comunidades cristianas y que conseguían muchos adeptos o seguidores. Los responsables espirituales de esas comunidades cristianas, y amenazadas por teorías confusas o heréticas, tuvieron que intervenir y reafirmar la auténtica doctrina cristiana recibida de los Apóstoles, si no eran ellos mismos los que actuaban.

Las Cartas Joánicas, por ejemplo, parecen aludir a ciertos desórdenes morales y doctrinales que algunos líderes infiltraban y se presentaban además como los nuevos e inspirados intérpretes del mensaje de Jesús. Por ejemplo, la 3ª Carta de Juan parece aludir y combatir una falta de obediencia de un cierto personaje que se infiltró en la comunidad y buscaba que toda la comunidad cristiana le siguiese, obedeciese, como si fuese el auténtico responsable de la misma. En cambio, la 2ª Carta de Juan parece mencionar un tema doctrinal mucho más importante y de enorme trascendencia, ya desde los mismos comienzos del cristianismo: algunos personajes de la comunidad negaban la realidad de la encarnación de Jesús y su misión en la misma. Estas dos posibles desviaciones ocasionarían serias preocupaciones a los responsables o presbíteros (o al mismo Apóstol Juan) de las comunidades cristianas y tratarían de cortarlas de inmediato, por medio de estos breves escritos, y luego de viva voz.

La Carta 1ª de Juan, la más extensa e importante en doctrina, no parece aludir claramente a desviaciones o errores doctrinales, sino que su autor trata de ayudar al cristiano, desde la propia vida y experiencia del Anciano. El autor del escrito pretendería fortalecer a la comunidad a vivir su fe y moral sin miedo y desencarnada de la vida; es decir, cómo esa fe da frutos en el marco sociológico en el que se mueve el seguidor de Jesús. Más sencillo: ¿cómo un cristiano compagina su fe en Cristo, Hijo de Dios, y vive el mandamiento nuevo del amor fraterno en su comunidad? Un punto

que está muy unido a la doctrina del IV Evangelio, lo que ha llevado a muchos investigadores de las Cartas Joánicas a unirlas a la corriente joánica, como las otras cuatro Cartas Católicas se sitúan en línea con la corriente petrina, u otro caso parecido, la Carta a los Hebreos, se la asocia con el ambiente o mundo paulino.

Lo apuntado hasta el momento nos sirve nuevamente para recalcar la riqueza doctrinal de las Cartas Joánicas, en concreto, la 1ª. Juan. Esto se ha puesto de relieve en los últimos cincuenta años por medio de los muchos artículos, monografías y comentarios de muchos estudiosos de las mismas Cartas y que han ido aparecido en el transcurso de estos años. Existen investigadores igualmente, en la actualidad, que encuentran en estas Cartas Joánicas una rica doctrina particular y al margen del cristianismo oficial, es decir, de la corriente petrina y paulina. Y no hemos de olvidar la aportación de los hallazgos arqueológicos en lugares tan emblemáticos como en Nazaret o Cafarnaúm para un mejor conocimiento de los judeo-cristianos y, por extensión, de las Cartas Católicas, que todo ello ha abierto nuevos caminos de investigación. La arqueología ha aportado, por tanto, nuevas luces a viejos problemas sobre el origen y contenido de las Cartas Joánicas (como de las cuatro restantes). Así, y desde la aportación de la arqueología, hemos de señalar que las Cartas Católicas acentúan mucho la vigilancia ante la doctrina recibida y la conversión constante para entrar en el reino de la luz. Así, estas Cartas parecen seguir abiertamente la doctrina de los judeo-cristianos, quienes afirmaban que el mundo estaba en tinieblas y, por tanto, era necesaria una vuelta a Dios para entrar en el reino de la luz. En esta nueva morada, el alma se encontraba con el Dios de la luz y con Jesús. Un Jesús que es el Mesías e Hijo de Dios, vencedor de las obras del malvado y redentor de los hombres. Cristo tuvo la misión de restablecer el reino de la luz con su muerte y resurrección y ahora, iniciado el nuevo Éxodo, nos ha introducido de lleno en la tierra prometida. Así: mediante el Espíritu, nos convertiremos en verdaderos hijos de Dios y disfrutaremos de una nueva morada.

4. LA DOCTRINA Y ÉTICA DE LAS CARTAS JOÁNICAS

a) - Introducción. El apartado anterior nos ha situado en el marco socio-cultural-religioso de las Cartas Católicas en el contexto del NT, sus puntos doctrinales más peculiares, con especial atención a las Cartas Joánicas. Dedicamos ahora el resto del trabajo a las Cartas Joánicas y su doctrina teológica ética, aunque algo repetiremos. El autor de 1ª. Juan comienza su escrito afirmando que “lo que existía desde el principio” (1Jn 1,1) sobre Jesús y su importancia se comunica ahora a una comunidad. El estudioso de la primera Carta de Juan se sorprende inmediatamente al constatar la frecuencia del vocablo “Jesús” en dicho escrito; otras veces se refiere el autor a Jesús pero lo hace empleando un pronombre personal o demostrativo. Así, 1Jn 2,6: “El que afirma que permanece en Él (Dios), debería vivir como aquél (Jesús) vivió”. Es un ejemplo de los muchos que podemos aducir. En otros pasajes, el autor (o autores) de las Cartas Joánicas emplean otros títulos o apelativos para referirse a Jesús: “el Hijo”, “el Hijo de Dios”, “el Hijo del Padre”, “su Hijo”. Esto enseña que el objetivo esencial del autor en su escrito y con tantos títulos aplicados a Jesús, era recalcar insistentemente el papel fundamental de Jesús en la comunidad creyente. Su autor narra, al mismo tiempo, la familiaridad de Jesús con su Padre, quien le ha enviado para que los que crean en Jesús conozcan también al Padre. La primera Carta de Juan recalca una y otra vez la función del “Hijo de Dios” (1Jn 3,8); el confesar al Hijo significa tener vida y conocer el amor del Padre (1Jn 2,3). El negar al Hijo significa lo contrario, es decir, no tener vida (1Jn 2,3). En esta línea, el autor del escrito

introduce una nueva terminología para recalcar lo que implica tener vida en Jesús: el “permanecer” en Jesús. Es un término muy propio y típico del IV Evangelio, y que lo hallamos igualmente en las Cartas Joánicas, sobre todo en 1ª. Juan, quien afirma que “el permanecer en Él (Dios) significa vivir como vivió Jesús” (1Jn 2,3).

La permanencia del cristiano en Jesús es uno de los puntos principales de estas Cartas Joánicas y que se perfecciona con el del “creer en el Hijo de Dios” (1Jn 5,10), como algo inherente al creer en Dios mismo. Así, el creer en el Hijo comprende “creer en Dios”, para que así todos los creyentes en Jesús tengan vida eterna, y esta vida está en el Hijo porque tiene la vida que le ha dado su Padre (1Jn 5,10-12). Estas formulaciones teológicas son de una profundidad teológica únicas en el NT, como otras, y ofrecen una altura cristológica muy parecida a las que aparecen en el IV Evangelio. No hemos de olvidar tampoco, y sólo aludimos a ello, ya que su análisis nos llevaría lejos, que la primera Carta de Juan emplea muchos títulos, y con sus respectivos matices, referidos a Jesús; todos ellos recalcan su trascendencia y, sobre todo, enriquecen literariamente su teología.

b) - La vida cristiana según las Cartas 1-2 de Juan. El autor de estos dos escritos combate a los secesionistas y afirma que Cristo es el Hijo de Dios, un argumento cristológico, y quien no acepte este principio está fuera de la comunidad. Tenemos un segundo elemento de esta respuesta y que toca directamente a la vida cristiana: el amor a los hermanos y las consecuencias de no practicarlo, lo que les llevaría a dejar la comunidad.

Una atenta y serena lectura de 1Jn enseña que estamos ante un texto de anuncio. Su autor pretende comunicar a los suyos lo que existía “desde el principio” (1Jn 1,1) y, como meta final, pretende incrementar la cohesión interior de la comunidad por medio del amor y unido al Padre. Nuestro autor sagrado comunica, una y otra vez, a sus destinatarios una serie de preceptos, mandatos, para lograr la “vida eterna”, que antes de la venida de Jesús era inalcanzable para nosotros, porque estaba junto al Padre y sólo su Hijo la podía hacer factible, porque “estaba junto a Dios”. Este mensaje sería un primer anuncio y fundamental.

Un segundo anuncio de 1Juan reside en la síntesis que hace: anunciar a la comunidad un mensaje para estar en “comunidad con nosotros”. Esto conduce a un punto interesante de 1ª Juan, es lo que algunos autores han denominado “la mística joánica”: la interioridad del mensaje de Jesús, y que ahora da origen a la vida interior del mismo cristiano, del seguidor de Jesús. Un punto que ha producido tantas y hermosas páginas en la historia del cristianismo y que tantos místicos han sabido expresar como nadie, esa interioridad del mensaje de Jesús, lo han interiorizado de una manera sublime. Esta interioridad del cristiano, que señala 1Jn, se deriva del hecho de reconocer a Jesús como el auténtico testimonio de Dios: Dios nos ha dado vida y esta vida está en su Hijo. Por eso, quien reconoce, tiene, al Hijo, tiene vida en Él, y lo interioriza. Al contrario, quien no tiene al Hijo, no tiene vida (1Jn 5,11-12). Y concluye su reflexión, el autor de 1ª. Juan, afirmando que ha escrito su Carta, “estas cosas”, a todos los que creen en el nombre “del Hijo de Dios”, “para que os deis cuenta de que tenéis vida eterna” (1Jn 5,13). Y el prólogo de 1ª. Juan concluye matizando que “nuestro gozo sea completo” (1Jn 1,4) porque se tiene esa vida en Jesús y es algo distintivo de la comunidad joánica o de los destinatarios de la primera Carta Joánica.

En la conclusión de la Carta, 1Jn 5,18-21, el autor no menciona más el vocablo “anuncio”, sino un triple “sabemos”, que tiene como objetivo esencial recordar los contenidos fundamentales del mismo anuncio. Por tanto, dos vocablos destacados de

1ª. Juan: “anuncio y sabemos”, y ambos desempeñan una función determinante en este escrito neotestamentario y que tantas veces aparecen diluidos en los comentarios a la Carta, o no se les presta la atención que deberían tener.

El autor de la primera Carta de Juan, con relación al tema del “anuncio-sabemos”, está en línea con la doctrina de los Profetas del AT. Los Profetas comunican, anuncian, un mensaje al pueblo, a la comunidad creyente, y luego se les recuerda, “sabemos”, para que lo sigan viviendo y no se les olvide. Cuando el pueblo vive ese mensaje transmitido por los Profetas, entramos en el campo del influjo de Dios (Y si esto lo trasladamos a 1ª. Juan, hallamos las contraposiciones clásicas de su dualismo: “quien tiene al Hijo, tiene vida; quien no tiene al Hijo, no tiene vida”, 1Jn 5,12). Por eso, el lector queda un tanto sorprendido, en 1ª. Juan, cuando lee una y otra vez la constante expresión “desde el principio”: “lo que existía desde el principio”, 1Jn 1,1; 2,7.14; 3,11; 2 Jn 5.6... que sería la doctrina que todos conocen, pero que remite a ella nuevamente para que no se olvide, no es algo nuevo, sino ya anunciado. Ciertamente dicha expresión, “desde el principio”, es una clara alusión a la eternidad del Verbo, pero también al momento inicial del anuncio recibido por los cristianos, a quienes se dirige el escrito.

c) - La primera Carta de Juan recalca mucho a “sus hijos” el vivir la verdadera fe y su alcance moral para su vida. Es el único medio de cómo el creyente puede edificar su vida espiritual y el de la comunidad. Este es un punto destacado entre los principales objetivos del escrito, al cual aludimos ya anteriormente. El autor de la Carta insiste constantemente a sus destinatarios que mantengan la fe en Jesús, renunciando a los placeres del mundo (1Jn 2,15-17; 4,5), a huir del maligno, como algo presente “desde el principio”, y a defenderse del anticristo (1Jn 2,18-22, 4,1-6). Para combatir al enemigo de su fe, el autor de la Carta recuerda al creyente que dispone de una doble vía:

1. El llegar a ser Hijo de Dios.
2. El vivir en la comunión del Padre y del Hijo. “... y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo” (1Jn 1,3).

El vivir en unión con el Padre implica una responsabilidad por parte del creyente, según 1ª. Juan, caminar en la luz, que es además practicar la verdad y observar los mandamientos (1Jn 1,6-7), que no es otra cosa que el amor fraterno o la caridad (1Jn 2,3-5). En esta perspectiva, está la magnífica definición que 1Jn 4,8 da de Dios: “Dios es amor”, que ha de entenderse como la manifestación del amor que Dios tiene por el mundo, enviándonos a su propio Hijo: “en esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de Él”. Por tanto, Dios es la fuente y el origen de todo amor. De hecho, el tema del amor de Dios a su pueblo elegido, al Israel bíblico, inspiró las páginas más bellas del AT (Is 54,4-10). La misión del Hijo único, para salvar al mundo, manifestó que Dios se identifica con el amor. Es más, la revelación de Dios, realizada por Cristo, nos lo da a conocer como amor, como puro don, como plena y perfecta donación.

d) - Otro rasgo significativo de la primera Carta de Juan, y desde el lado moral del creyente, es el caminar “en la luz”, como Él (Dios) está en la luz. Este escrito insiste constantemente en que Dios es la luz, comienza en Él, y el cristiano ha de vivir en ella y así poder recibir la purificación de todo pecado por la sangre de su Hijo Jesús (1Jn 1,5-8). Dios es la luz para el creyente, pero también es justo y todo el que obra la justicia ha nacido de Él (1Jn 2,29). El creyente es justo cuando permanece en Dios, vive sus mandamientos, actúa en conformidad con ellos y así puede protegerse de los

anticristos. En definitiva, el cristiano obra así porque ha “nacido de Dios”, que es justo, y el hombre “justo”, en la Biblia, es aquél que vive su vida en conformidad con la Ley de Dios.

Esta magnífica descripción de Dios como luz, verdad, justo... que hallamos en 1ª. Juan, implica una clara y profunda exigencia para el cristiano de ser él también “luz, verdad y justo”, y visible en el mundo, siguiendo el ejemplo del Padre, que se entregó a los hombres por medio del Hijo. Ante esto, la respuesta del creyente es doble: para permanecer en comunión con Dios y su Hijo, debe amar al Hijo (1Jn 4,10), como garantía de la comunión efectiva con Dios. Y, en segundo lugar, este amor ha de manifestarse también hacia los otros, debe existir para los demás, “también nosotros debemos amarnos unos a otros” (1Jn 4,11). Este mandamiento se cumplirá porque se cree que Jesús es el Mesías, que dio primero su vida por amor a los hombres. El distintivo claro entre los hijos de Dios y los hijos del maligno reside en la fe en Jesucristo y el ejercicio efectivo y visible de la caridad. La fe es la raíz de la caridad, y, por medio de ella, Dios permanece en nosotros y nosotros en Dios. Al final, el fundamento de la vida cristiana radica en “creer que Jesús es el Hijo de Dios” (1Jn 5,5). Este es un punto esencial para entender la doctrina cristológica de esta Carta y su moral, planteadas desde una dimensión rica y original.

La primera Carta de Juan, en definitiva, ofrece a los destinatarios, al creyente de hoy, una riquísima cristología sobre Dios y su Hijo, muy bien elaborada, con sus ramificaciones ulteriores y concretas para el creyente. Aludimos a ello (y algo muy típico de la Escuela Joánica), el Padre está en el centro de la salvación que nos ha traído Jesús. Su Hijo recibe la misión de transmitirla a los hombres, “a los que creen en Él”, el mensaje divino de la salvación. Desde la aceptación del mensaje de Jesús, por medio de la fe, el cristiano ha de vivir en la luz, la verdad y en unión con Cristo, que no es otra cosa que permanecer en Él.

Este es el punto principal de la doctrina de 1ª. Juan y desde aquí es como su autor se ha presentado ante sus destinatarios como un exhortador y edificador. El autor es un pastor que trata de mantener unida la grey, después de reflexionar sobre el alcance de esa unión y en quién se fundamenta, será el teólogo posterior. Es decir, desde 1ª. Juan, el creyente, el seguidor de Jesús, nunca podrá separar la doctrina y la ética. No obstante, y según enseña 1ª. Juan, es la vida práctica del cristiano la que preocupa al Anciano Juan. Para nuestro autor, la fe cristiana es una vida de amistad “con el Padre y su Hijo, Jesús”; quien no sigue este camino es que se ha dejado llevar por los anticristos que pululan en la comunidad y arrastran a los creyentes, sin percibirlos y rechazarlos nítidamente. Por eso, en nuestro escrito, hallamos un conjunto de elementos tan bien ensamblados, aunque tengan una procedencia tan variada, que alientan constantemente la unión de los creyentes con Jesús, y entre ellos. Esto aparece con nitidez en este escrito, particularmente cuando su autor emplea la fórmula “permanecer en Dios” y sus posteriores implicaciones prácticas para el cristiano. Y esta permanencia divina del cristiano con Dios se lleva a cabo por medio de Cristo, su salvador. Nuestro autor, en realidad, ofrece al seguidor de Jesús un bloque de novedades teológicas interesantes y, sobre todo, a la teología cristiana, como hemos indicado en párrafos anteriores; no sería justo, si no cito algunos: el tema del amor, la verdad, la luz... que no encuentran semejanzas en otros escritos del NT. Toda la primera Carta de Juan, por tanto, manifiesta la enorme personalidad creadora de su autor y cómo aparece iluminado por Dios, en quien confía plenamente.

La ética o moral de la segunda Carta de Juan mantiene una continuidad con la primera, aunque dentro de su brevedad. ¿Del mismo autor? Si no es así, al menos de la misma Escuela Joánica, como señalamos ya. Su doctrina se centra en la caridad, en el amor de unos hacia los otros. Pero, para llegar a ello, la “Señora elegida” ha de

enfrentarse primeramente con los Pseudoprofetos o anticristos que proliferan por la comunidad y niegan la divinidad de Jesús, es decir, su encarnación. El autor de la Carta multiplica sus advertencias a la “Señora elegida” para que proteja a sus hijos y evite que caigan en aquellas doctrinas anunciadas por los anticristos y así se alejen de la comunidad: “cuidad de vosotros, para que no perdáis el fruto de nuestro trabajo, sino que recibáis abundante recompensa” (2Jn 8). Esto lo recalca nuestro de una manera nítida a los suyos: “el que permanece en la doctrina de Cristo, es el que posee al Padre y al Hijo” (2Jn 9), para que así, dicha permanencia, les lleve a recibir la recompensa prometida, que será una recompensa completa. Recuerda el autor sagrado a los suyos, y es algo también muy frecuente en los escritos de la Escuela Joánica, el cuidado que han de tener con aquellos personajes que se presentan con doctrinas llamativas, atrayentes, pero que se apartan de lo anunciado por él. No queda todo aquí, sino que el resto de las advertencias y amonestaciones se las anunciará “de viva voz”, cuando se encuentre con ellos, los visite, para que no parezcan sus amonestaciones demasiado frías y distantes.

Los trece versículos de 2Jn subrayan constantemente el peligro de los anticristos (=seductores), que a menudo se introducen en la comunidad o se les consiente. Según deducimos del escrito, los anticristos sabían presentar sus doctrinas con elegancia y lograban seguidores, admiradores, inmediatamente. Por tanto, la “Señora elegida” debe permanecer fiel al mandamiento recibido del Padre, es decir, al amor fraterno, y así transmitirlo a los suyos, para asegurar que todos vivan en la verdad.

La novedad doctrinal de 2Jn, también aquí en línea con el IV Evangelio y 1ª. Juan, es el anuncio, la insistencia, del permanecer en el mandamiento recibido “desde el comienzo” y el cuidado que el creyente ha de prestar a los anticristos, que causan mucho mal en la comunidad con atractivas doctrinas; todo con el objetivo de desfigurar el mensaje de Jesús y sembrar confusión y división entre los creyentes. Esta Carta sitúan al cristiano ante una difícil tesitura: ¿su permanencia, fidelidad, ante el mandamiento recibido o seguir la doctrina de los seductores, que resulta más atrayente? Es el dilema eterno del cristiano que vive en el mundo y ha de dar razón de su fe.

La tercera Carta de Juan es tan breve como la segunda y está dirigida a un tal Gayo, a quien el Presbítero “ama según la verdad”. Es más, el Presbítero alaba la conducta ejemplar de Gayo (3Jn 2-8) porque ha sabido socorrer las necesidades de los hermanos extranjeros, enviados por el anciano, tanto para despertar la fe en el interior de los creyentes, como su proyección exterior para la adquisición de nuevos seguidores del mensaje Jesús. En una palabras, Gayo ha de ayudar a los misioneros sin recursos y generosamente.

Esta Carta joánica menciona a tres personajes. El destinatario del escrito, Gayo, que ya le hemos mencionado anteriormente, aparece en primer lugar, después aparecen nombrados dos más: un tal Diótrefes y Demetrio. Cada uno de ellos recibe su respectiva alabanza o crítica. Así, Diótrefes actuaba de una manera ambiciosa y no quiere recibir a ciertas personas, enviadas por el Apóstol Juan. ¿Qué más podemos deducir de la Carta sobre el tal Diótrefes? Este personaje, según da a entender la Carta, era un sujeto o dirigente que suscitaba contradicciones en la comunidad y, es más, como si fuese el líder o jefe de un grupo revoltoso, buscaba el protagonismo, los primeros puestos o los usurpaba y rechazaba a los enviados por el Anciano, no quería darles hospitalidad, ¿estaría expulsado de la comunidad? La Carta no dice o indica nada al respecto y su autor se limita decir a Gayo que: “no imites lo malo, sino lo bueno” (3Jn 11). El autor, en línea con la Escuela Joánica, matiza una idea muy

presente en las Cartas Joánicas. “quien obra el bien es de Dios, el que obra el mal no ha visto a Dios”.

Gayo es un ejemplo de virtud y disponibilidad para todos y el Anciano le anima a que siga por este camino para animar a los otros a que le imiten, luchando y perseverando, “no experimento alegría mayor que oír que mis hijos viven según la verdad” (3Jn 12). La Carta menciona brevemente a otro personaje, un tal Demetrio (3Jn 12), cuya misión resulta misteriosa, sólo que el autor del escrito le colma de elogios por su buen comportamiento y fidelidad, gozando del aprecio de todos. La cuestión es saber: ¿quién es este Demetrio? ¿El portador de la Carta o el mismo Anciano le había encomendado una misión tan especial ante el otro “enemigo” o embaucador, Diótrefes? La Carta no informa más al respecto, sólo que reconoce y ensalza, el “testimonio” vivo de Demetrio, lo cual nos hace suponer que disfrutaba de un enorme prestigio en la comunidad y se fiaban de él. Las hipótesis son múltiples sobre este personaje, pero los datos faltan para ofrecer algo con seguridad sobre el mismo, fuera de lo que leemos en esta Carta. En todo caso, el escrito trata de que en la comunidad reine la armonía y los personalismos no prevalezcan sobre los verdaderos responsables de la comunidad. Por tanto, la Carta recuerda a los destinatarios que el “mandamiento nuevo” y anunciado “desde el comienzo” ha de vivirse con fidelidad a nivel personal y comunitario para ser ejemplo para todos, primero para los de dentro y después para los de fuera, porque esa unión es lo que implica “permanecer” y vivir en Jesús.

5. CONCLUSIÓN

Las tres Cartas Joánicas, dentro del “**corpus**” neotestamentario, representan uno de los grandes enigmas, tanto bajo el aspecto histórico-literario, como del doctrinal. Estos tres breves escritos han transmitido un mensaje de altura y original, empleando para ello un lenguaje y una sintaxis sencillos. Las Cartas repiten constantemente palabras, giros, y doctrinas, pero siempre con el objetivo de resaltar su importancia y valor para todo tiempo y sus destinatarios no lo olviden, pero siempre añadiendo nuevos matices a las palabras o doctrinas repetidas. Pero, por lo menos hasta el momento, no tenemos otros documentos o escritos que puedan servirnos de comparaciones; un factor que acentúa más el enigma de estas Cartas Joánicas y su procedencia. Los numerosos problemas que aún presentan al estudioso moderno, especialmente hoy, no impide el que surjan nuevas monografías y comentarios, con el objetivo de proyectar nuevas soluciones a viejas hipótesis.

Por último, ¿cuál es la lectura existencial que estas Cartas Joánicas ofrecen hoy al seguidor de Jesús? Creo que la respuesta la tenemos en 1Jn 5,20-21, siendo un resumen perfecto de las tres Cartas y, al mismo tiempo, una perfecta proyección para el cristiano de hoy:

“Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado inteligencia para que conozcamos al Verdadero.

Nosotros estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Éste es el Dios verdadero y la vida eterna.

Hijos míos, guardaos de los ídolos”.

El autor de 1Jn, y en menor medida, las otras dos Cartas también, trata de situar a Jesús en el centro de la fe y qué implica esto para sus seguidores. La vivencia de la

fe es la **conditio sine qua non** para ser el auténtico discípulo de Jesús y así nunca podrá desviarse de la verdad, del verdadero camino que le lleva a Él. Con otras palabras, la fe en Jesús mantiene al cristiano en su “permanencia” constante y así poder igualmente vivir la alegría pascual de la resurrección de Jesús. Al contrario, el vivir tibiamente el “mandamiento” nuevo de Jesús, ni permanecer en Él ni amar al otro, conduce a un cristianismo que no produce ningún fruto; es el creyente y la fe que están muertos.

Dios es amor y Dios se hace amor, afirma el autor de 1ª. Juan. Es el Dios que ama y perdona, ilumina y acompaña en el camino, sonríe y es gratis, busca y abraza, bendice y acoge. De tal manera es así, que Dios lo hace todo nuevo, “desde el comienzo”, también mi corazón y mi camino. Todo ello le produce alegría al Anciano. “no experimento alegría mayor que oír que mis hijos viven según la verdad” (2Jn 4).

BREVE LITERATURA SOBRE LAS CARTAS JOÁNICAS

- D. MUÑOZ, Cartas de Juan (Col. “Comentarios a la Nueva Biblia de Jerusalén”, 3B), Ed. Desclée De Brouwer, Bilbao 2010.
- TUÑÍ, J. O.-ALEGRE, X. M., Escritos joánicos y Cartas Católicas (Col. “Introducción al Estudio de la Biblia”, 8), Ed. Verbo Divino, Estella (Navarra) 1995, pp., 173-212, con abundante bibliografía y buena.
- FABRIS, R., Juan (Cartas de), en: Nuevo diccionario de teología bíblica, dir. por P. ROSSANO-G. RAVASI-A. GIRLANDA, Edi. Paulinas, Madrid 1990, pp., 915-924.
- SCHNACKENBURG, R., Las Cartas de San Juan, Ed. Herder, Barcelona 1980.
- BROWN, R. E., La comunidad del discípulo amado, Edi. Sígueme, Salamanca 1983, con numerosas ediciones.
- CASABÓ SUQUÉ, J. M., La teología moral en San Juan, Edi. Fax, Madrid 1970.